

El superhombre se autoeduca. Se marca á sí mismo sus rumbos. Tropieza aquí, salta allá, más lejos vuela y al fin halla por sí mismo la meta de su destino. Resulta siempre un tipo *equilibrado*; pero su equilibrio no es, en manera alguna, la tranquila inocuidad del neo-mediano. Yo lo denominaría *equilibrio de violencias*. Porque es un equilibrio, un *auto-equilibrio*, que él se forja en medio de las múltiples pasiones de su psicología abundantísima en líneas fuertes. Sainte-Beuve define el genio como un «rey que crea su reino»; yo lo definiría como un dios que se forma á sí mismo.

Si se desdoblaran todos los temperamentos, las individualidades superpuestas que constituyen un superhombre, resultarían las personalidades más variadas, las más vehementes y contradictorias. «El estilo es el hombre»; y en Shakespeare han contado los dialécticos más de quince estilos perfectamente diversos. En Shakespeare había, pues, más de quince hombres diversos. En ese caos de personalidades superpuestas que forman el todo orgánico de un hombre de genio, éste se ve asediado por decenas, centenas, millares de impulsos, á veces antagónicos. Pero, entre todos esos esfuerzos, su relativo albedrío busca un punto de apoyo en su conciencia (y, en ocasiones en la opinión de los hombres que lo rodean: de donde se ha dicho que «el genio es un rey que crea á su pueblo»), y en ese punto de apoyo él halla, á través de la crisis de su complicadísima psicología, su equilibrio. Por eso llamo á ese equilibrio auto-equilibrio y equilibrio de violencias. Y es él mucho más firme que el *equilibrio de vacío* de un neo-mediocre. Este puede interrumpirse bruscamente en cualquier momento de entusiasmo colectivo; aquél es impermeable á las influencias exteriores. Se mantiene incólume, porque el

superhombre generalmente tiene en sí todo lo que de afuera puedan traerle, y ya ha medido, pesado y desechado esos ajenos factores ó ideas-fuerzas de desequilibrio, mental ó de criterio. Cuando piensa ó siente en tal ó cual sentido, ello *no* es porque no se le ocurra pensar ó sentir en tal ó cual otro, sino porque una vez producido en su fuero interno el choque de contradicciones, él ha elegido un rumbo y una convicción. Por esta interna seguridad los desmentidos de los criterios miopes ó superficiales del equilibrio del vacío de los neo-medianos lo exasperan hasta la cólera, lo entristecen hasta la hipocondría. De ahí lo que llama Carlyle la «sinceridad del héroe»; el camino que él sigue firmemente, paso á paso, sin vacilar, sin detenerse, en la unidad de sus actos y de su vida. El vulgo se admira altamente de este fenómeno, que supone un esfuerzo titánico de voluntad. Y, sin embargo, ese esfuerzo de voluntad es en él casi *involuntario*; es un resultado fatal de su organismo vagamente mórbido. No puede elegir otro camino. Su dilema es: ó voluntad ó desequilibrio, ó gloria ó neurastenia. Si no encauza en una línea de conducta sus potentes y varias fuerzas internas, se desequilibra; si las encauza, sobresale entre todos los hombres. No puede llamarse á descanso, porque su equilibrio de violencias encubre una continua lucha de *fuerzas latentes*. Si se apoltrona un lapso de tiempo, pronto tiene que estallar la chispa de su genio, y encenderlo de nuevo. Aunque lo quiera (oh, más de un hombre de genio lo ha de haber deseado con todo el vigor de su alma!), no puede hacerse burgués, embrutecerse. En su alma sonará entonces una voz divina que le dirá: «¡Levánte y anda!»

A pesar de lo involuntario de la mórbida voluntad del genio y de lo cándido de la admiración del vulgo,

nada más justo que el culto del héroe y del heroísmo. Y no sólo por la utilidad extrínseca en estimular el genio en beneficio de la sociedad, sino porque, aparte de esa utilidad, merece intrínsecamente el aplauso y el laurel. Porque su vida es una lucha dolorosa, la más dolorosa y también la más bella de las luchas humanas. Parece que la herencia hubiera acumulado muchas almas en su alma; y los desdoblamientos de suyo son dolorosos, caóticamente dolorosos. Su equilibrio de violencias es el equilibrio de las luchas sangrientas de su psiquis. En todo momento tiene que sobrellevar dos órdenes de batallas: las batallas externas con el medio ambiente, y á favor del medio ambiente, y las batallas internas, tanto más crueles, contra sí mismo y á favor de sí mismo. ¡Su alma es un sempiterno campo de batalla! Es estricta equidad, por ello, que á quien se martiriza (voluntaria ó casi involuntariamente, eso no importa) por el bien público, le devuelva el público bien por bien. Y en virtud de esta doctrina psicológica mi culto por los grandes hombres de la historia en nada se asemeja á la admiración del vulgo, y ni siquiera á la alabanza sonora de Carlyle. Es una simpatía, la más intensa de mi espíritu, que tiene la elocuencia de la compasión y del silencio.—Cuando traspuse una tarde, después de haber presenciado una sesión del Parlamento, los umbrales de Westminster Abbey, y contemplé, empotrado entre Hume y Macaulay, á la derecha de la entrada, la estatua de la tumba de Chattam, las manos en trágica actitud de lucha, con una inscripción á sus pies que decía: «Dió á su patria una grandeza que ésta nunca conoció antes de él», y más lejos, el busto de Byron, los monumentos de Pitt, Fox, Nelson; cuando me encontré rodeado de los sepulcros de casi todos los su-

perhombres de Britania, y recordé sus luchas internas, su vida de melancolías é hipocondrías, me sentí tan conmovido que nunca podré olvidar aquel momento de mi vida. Entnces, palpándome á mí mismo, me dije que para mi tranquilidad burguesa era una felicidad tan grande haber nacido neo-mediano, exento de la psiquis mórbida del genio, como exento de escrófulas y epilepsias. Sería un sentimiento pequeño, egoísta... ¡Demos gracias á los dioses, oh ciudadanos, de ser egoístas y pequeños!

El hombre es un animal que aspira. Esta es la única definición sincera que yo podría dar del hombre. Pues bien; en las sociedades, cada función tiene sus individuos-órganos que la producen. Para la función de curar hay médicos; para la de construir, arquitectos. Para la función de aspirar hay superhombres. Cada función perfecta produce ó modela un órgano perfecto. Por esto, cuando una sociedad prospera por sí misma y no por acto imitativo ó reflejo, cuando una sociedad *sabe aspirar*, su órgano de aspirar al infinito perfeccionamiento es el superhombre. Así, en una sociedad que posee la facultad suma de aspirar, el superhombre congénito nunca puede ser un fracasado (un pseudo-superhombre ó neo-mediano que prometía cumplir, por su aparente idiosincrasia, con grandes aspiraciones sociales, y cuya vida no llena su promesa). Sólo en una sociedad que *no* tiene la facultad de aspirar, puede fracasar el superhombre. Porque sólo cuando es posible el ejercicio de su función congénita, se desarrolla hasta su plenitud un órgano, y un órgano cuyo funcionamiento normal se dificulta ó imposibilita, atrofíase. Un obstáculo ó imposibilidad relativos, producen atrofia relativa. Este principio justifica, por ejemplo, el sistema de becas que se aplica

en la República Argentina para que vayan á formarse á Europa individuos que demuestran sobresalientes aptitudes para las artes. Desgraciadamente, por pocas que sean esas becas, son demasiadas para sus artistas.

X § 149. *Educación de los degenerados pedagógicamente anormales.*—Respecto al problema de la educación de aquellos degenerados que más se acercan al superhombre, me limitaré á describir la escuela de Atrasados de Bruselas que, en su género, es un modelo.

En 1897, el Consejo comunal de Bruselas creó, á título de ensayo, una escuela de enseñanza especial para los «niños atrasados,» es decir, para aquella categoría de alumnos que, diseminados al azar en clases correspondientes á su edad y desarrollo físico, se ven en la absoluta imposibilidad de seguir regularmente el mismo programa que los demás. «Su presencia constituía en las escuelas una traba para la marcha ordinaria de los estudios, sin contar con que por otra parte daban á los condiscípulos un deplorable ejemplo. Los anormales perdían el tiempo, vegetaban sin provecho intelectual alguno, y si algo adquirían, era disgusto y antipatía por la escuela. En lugar de desenvolverse su inteligencia, oscurecíase paulatinamente hasta que, obligados á abandonarla, salían á aumentar el número de los pervertidos, de los excluidos de la sociedad.

»Diversos ensayos se hicieron en favor de estos desgraciados. Primero, se les colocó en clases inferiores, cuyos programas, menos recargados, parecían convenir mejor á su capacidad. El experimento no dió resultado; al contrario, se comprobó que la naturaleza indolente de los niños era de perniciosa influencia para

los demás alumnos. Después se organizaron clases denominadas *de atrasados*, con un programa restringido. Limitábase á lectura, escritura y las reglas elementales de la aritmética; mas tampoco tuvo éxito la tentativa. Porque la enseñanza puramente indispensable, en vez de concurrir al desarrollo intelectual, sólo sirve á reforzar la pesadez mental de los «atrasados». Entonces se pensó en la creación de escuelas especiales, donde recibirían una enseñanza apropiada á su grado de inteligencia y según métodos particularmente estudiados y adaptados.»

Los motivos de admisión á la escuela, pueden reducirse á cuatro: 1.º, por defectuosos ó degenerados psico-físicos; 2.º, por causas disciplinarias graves; 3.º, por evidente debilidad de espíritu, á pesar de una buena índole; 4.º, por un grande atraso pedagógico. Estos últimos son los más. En los primeros se engloban individuos cuyo oído es rudimentario y atacado de vegetaciones glandulares, que presentan serias deficiencias oculares, ó perturbaciones patognómicas en el sistema muscular, tartamudos, etc., etc.

«El estudio constante que hacemos en la escuela, y que proseguimos en las demás de Bruselas, se me ha informado allí, nos confirma en la verdad establecida de que el alcoholismo de los padres es la causa principal de la degeneración de los hijos. En segundo término, el medio moral en que se desarrollan; la acción nefasta del padre ó de la madre, ó de ambos juntamente; en fin, la influencia hereditaria de otros vicios... El niño comienza por desviarse poco á poco hasta convertirse de un atrasado pedagógico en un atrasado morboso.»

Para comprender lo que entienden por «atrasados» los médicos y profesores de la Escuela de Atrasados

de Bruselas, sintetizaré aquí sus propias observaciones. «Los atrasados, dicen, cualesquiera que sean las causas de su estado y considerados en conjunto, revelan siempre condiciones especiales comunes: *desatención, fatiga intelectual rápida, comprensión lenta y defectos psíquicos* diversos, resultantes del poco desarrollo de uno ó varios de sus sentidos ó bien de la falta de evolución de los centros de asociación. Los alumnos provienen casi todos de familias menesterosas, y la mayoría son verdaderos abandonados, si no física, al menos moralmente. De ahí la necesidad de preocuparse, ante todo, de resolver los numerosos problemas médico-pedagógicos que presentan. El régimen escolar ha sido atentamente estudiado, á fin de adaptarlo á la índole psicológica anormal de los alumnos. Adoptáronse los mejores métodos referentes á la higiene y la educación física; á la aplicación de la enseñanza al trabajo incipiente del cerebro; á los medios prácticos para despertar ó desarrollar los sentidos y el mecanismo psíquico rudimentario; y finalmente, á la disciplina y la educación moral.

»Pero, como aparte de las condiciones generales, cada uno tiene sus singularidades típicas, una nueva cuestión fué necesario dilucidar: la individualización de la enseñanza, la agrupación lógica de las clases. Para conseguirlo, fuera del reconocimiento particular de alumno por alumno, hase establecido un «registro» con los datos que suministra la escuela parroquial que los envía, los que comunican los padres, la familia, los mismos niños y los que se toman en el examen médico-psíquico en el acto de su ingreso. Todos los semestres, además, el «registro» se aumenta con las observaciones de los maestros durante el curso... Médicos y profesores nos guiamos por ese «registro», for-

mado por un cúmulo de las más interesantes anotaciones respecto de cada alumno.» Cada alumno tiene su registro, de acuerdo con el siguiente formulario:

EXAMEN DE LOS ALUMNOS

Nombre y edad.

Vida escolar anterior.

Datos de la escuela anterior.

I. Constitución médica.

II. Caracteres exteriores.

a)—CARACTERES GENERALES

Pesado—ó no.

Cuidadoso—ó no.

Proporciones.

b)—CARACTERES DE LA FISONOMÍA

Joven—Vieja.

Triste—Alegre.

Falsa—Abierta.

Fija—Variable.

III. Los padres.

IV. Examen antropológico.

V. Examen psíquico.

a)—INSTINTO

1. Alimentación... —¿El niño es voraz?

2. Instinto sexual. —Erotismo.

—Vicios.

3. Sociabilidad... —¿Es afectuoso de carácter?

- El niño ¿se aísla?
- ¿Es peleador?
- ¿Es hurafío?
- ¿Es difícil?
- ¿Cruel con los animales?
- ¿Cómo trata á sus compañeros?
- ¿Rompe, quiebra?
- ¿Es hipócrita, mentiroso, decidido, autoritario?

b)—SENTIDOS

1. *Músculos.—Sentido muscular.*.....

—Habilidad manual. Trabajo manual. Dibujo manual. — Dibujo. Escritura. Marcha regular. Actitud muscular, mientras el niño habla.

- ¿Son regulares los movimientos generales del niño?
- Corea y tics.
- Dinamometría.
- Verificación del sentido muscular.

2. *Vista*..... — Estrabismo. Movimientos asociados de los dos ojos. Ojos. Nystagmus. Hippius. Miopia. Presbicia. ¿Tiene ó no el iris coloración uniforme? ¿Son semejantes los dos iris? En caso de ptosis, determinar si hay ó no diferencia en la coloración. Telas. Colores. ¿Cuál es el color que

prefiere el niño? ¿Distingue los colores del punto de vista cuantitativo?

3. *Oído*..... — Audición. ¿Cuál es el minimum? ¿Es capaz de diferenciar los sonidos? ¿Es sensible al ritmo? ¿Entonado?4. *Tacto*..... — El frío. El calor. Suave, rudo. Diferencia de peso. Estesiometría de la extremidad del índice.5. *Gusto*..... — Salado. Azucarado. Acido. Amargo.6. *Olfato*..... — Intensidad.7. *Palabra*..... — ¿A qué edad comenzó á hablar? ¿Habla de manera normal? ¿La palabra es monocorde ó no? ¿Es infinitiva ó tiene la constitución del sordomudo? Diferentes defectos. Tartamudez: inspirada, expirada, mixta, nasal. Ceceo: balbuceo, farfuleo, etc.8. *Lectura y escritura*..... — ¿Sabe leer y escribir? — Conservar una página escrita por él.

c)—INTELIGENCIA

1. *Atención*..... — La distracción ¿es debida á la dispersión de la atención? — ¿A una falta completa de atención? — ¿Por qué actividad se des-

pierta particularmente su atención.

—¿Tiene atención visual? ¿Auditiva?

2. *Memoria*..... —Memoria de los movimientos, de los hechos. Particularidades de la memoria del punto de vista de la enseñanza.

3. *Comparación*... —¿Nota las semejanzas ó diferencias?

4. *Imitación*..... —¿Tiene aptitudes excepcionales? ¿Dibujo, música, etc.?

5. *Reflexión*.

6. *Inteligencia*.

7. *Imaginación*.

d)—EMOCIONES

—El niño ¿llora ó ríe fácilmente? ¿Es impresionable, irascible, ratero, temeroso?

VI. Observación de la manera de jugar.

Admitense alumnos desde la edad de seis años en adelante. Los atrasados se forman tarde y por eso son relativamente raros en los jardines de la infancia. Las anomalías aparecen en el tercero ó cuarto año de frecuentar la escuela; sin embargo, hay algunos que presentan ya en sus principios caracteres mórbidos. A éstos los mandan los directores de las escuelas primarias. Su actividad cerebral es por demás rudimentaria; y como sería imposible instruirles á la par de los alumnos de ocho, nueve ó diez años, hase creado para ellos una clase de «espíritus simples».

transición entre los jardines de la infancia y la escuela primaria. El régimen es suave y la enseñanza absolutamente individualizada.

Los alumnos están divididos en dos grandes categorías: la de los *pasivos* y la de los *indisciplinados*. Por la diferencia de régimen disciplinario que á unos y otros conviene, la separación se impone.

Los más numerosos son los atrasados pedagógicos, que no han franqueado nunca el umbral de la escuela ó han asistido con irregularidad; tienen de nueve á doce años é ingresan absolutamente ignorantes; pero su cerebro es normal y capaz de ser puesto en actividad. Sucede que en las escuelas comunes observan la mala costumbre de colocar á estos niños con otros, de seis ó siete años, cuya evolución cerebral no es semejante á la suya. Por eso son tantos. El sistema es pésimo, antipedagógico; dañoso á la vez para normales y atrasados. En la Escuela de Atrasados se les da una enseñanza apropiada á las condiciones médico-pedagógicas en que se encuentran. Se les divide, según las anomalías que acusan, en secciones. Existen chichuelos de aspecto normal acabado en apariencia y que poseen tales defectos, que les hacen difíciles y malos. Perdidos en el conjunto escaparían á la vigilancia. Se hallan separados y severamente dirigidos. Podría suponerse que el régimen severo es cruel, y que más bien produce resultados contraproducentes; mas no es así: en general mejoran de carácter.

Los atrasados morbosos son niños en quienes es frecuente la cólera y la brutalidad; y se ven algunos que sufren crisis tan intensas, que no sólo ponen en peligro la autoridad de los maestros, sino la conducta moderada de los otros. En las escuelas comunes no debía consentirseles, á pesar de la injusticia que en-

trafiaría la medida, puesto que los accesos son impulsivos, intermitentes y no imposibles de evitar; pero el ejemplo que dan es muy contagioso. Tratados con blandura, sometidos á una higiene moral adecuada, los accesos tienden á disminuir y los sujetos concluyen por moralizarse.

En la Escuela de Atrasados no ingresan inferhombres en el sentido absoluto, es decir, idiotas ó imbeciles. No es para esta clase de enfermos; es únicamente para los *atrasados* capaces de recibir cierto grado de instrucción. Aquellos necesitan otro género de atenciones.»

Existe un curso especial de tartamudos conforme al siguiente plan:

MOTIVOS DEL ENVÍO

1. Desenvolvimiento psíquico insuficiente ó anormal. Debilidad de atención.
2. Indisciplina notoria permanente.

CRISIS MÚLTIPLES DE INDISCIPLINA

3. Tres años de atraso en los estudios.
4. Defectos serios de palabra.

DESCUENTOS Á AGREGAR AL BOLETÍN DE ENVÍO

1. Antecedentes escolares.
2. Antecedentes sobre los
 - a) *Padres*.—¿Gozan de buena salud?
 - ¿Su moralidad?
 - ¿Son alcohólicos?
 - b) El niño ¿ha estado enfermo?

¿No ha presentado defectos en el trabajo de los sentidos, vista, oído tacto, muscular? Onanismo.

¿En qué materia el niño hace más progresos?

¿Es atento, perezoso? Su indisciplina ¿es constante ó periódica? ¿Es ratero, ladrón, mentiroso, violento?

c) ¿A qué régimen intelectual ó disciplinario ha sido sometido el niño?

En los programas generales se asigna un lugar secundario á aquellos estudios que exigen un mayor esfuerzo de la atención. Las nociones científicas y literarias quedan reducidas á sus menores límites, con el objeto de dar mayor tiempo á estudios objetivos, trabajos manuales y ejercicios físicos.

El empleo del tiempo en clase se distribuye en la siguiente forma:

POR SEMANA 29 1/4 HORAS

Educación física.

Recreo.....	3 1/4 horas
Gimnasia.....	3 »
Excursiones.....	3 »
Trabajos manuales.....	2 1/4 »

Educación estética.

Canto.....	1 1/2 horas
Dibujo natural.....	1 1/2 »
Id. geométrico.....	1 »

Educación científica.

Cálculo mental y escrito.....	4	horas
Sistema métrico.....	1	»
Formas geométricas.....	1 1/2	»

Educación literaria, cívica y moral.

Lectura y recitación.....	3	horas
Instrucción y lenguaje.....	1 1/2	»
Otras materias.....	2 2/3	»

Nótase en la síntesis de este programa, la preponderancia de la educación física sobre la científica y literaria. La razón está en que los defectos ó impedimentos de muchos niños obliga á prestar suma atención á los ejercicios corporales, que desenvuelven el cuerpo, cimentan la disciplina y les despejan el espíritu.

§ 150. Tipo del *degenerado medio ó comun* (*pseudo normal*); sus cinco rasgos característicos: *impulsividad, daltonismo moral, exhibiciones, sugestionabilidad y desarrollo irregular.*

Por ser un caso excepcionalísimo y auto-educante, no es un problema pedagógico la educación del superhombre. La del inferhombre es una cuestión técnica especial, de escasa importancia sociológica. Pero entre el superhombre y el inferhombre existe el tipo, tanto más común que uno y otro, de lo que llamaré el *degenerado medio*, el *pseudo normal*, el *degenerado psíquico*, que no presenta sino muy débiles y disimulados rasgos de degeneración somática. Y en razón de que al primero se le denomina genio, héroe ú hombre su-

perior, y al segundo idiota, loco ó monstruo, puedo clasificar á este tercero simplemente de *degenerado—tout court*. Ya en el lenguaje vulgar la palabra se emplea con esa acepción precisa. El pueblo, que no razona, adivina sus cánceres y les da sus nombres inconfundibles.

El equilibrio psicológico de este tipo es aparente; no real, aunque flojo, como el equilibrio de vacío del neo normal, ni realísimo, como el incommovible equilibrio de violencias del superhombre. La menor alteración adquirida, una psicosis cualquiera, cuanto tienda hacia el inferhombre, bastan para destruirlo y transformar al *loco moral* (hombre cuerdo sin *sentido moral*) en un semiloco, de pupila dilatada, semejante al mathoide lombrosiano (la característica de cuyo visible desequilibrio es el *exhibicionismo* que lo impulsa á vestir churriguerescamente, á publicar frecuentes folletos, á decir discursos en cuanto encuentra auditorio, etc.) Yo hallo algo vago del mathoide en todos los tartarines de los países del Mediodía. Ellos son los más terribles enemigos del orden social. ¡Protéjannos los dioses contra sus entusiasmos, bolas de jabón que surgen y desaparecen y resurgen aquí y allá, para condensarse alguna vez en forma de infecciones epidémicas de ideas absurdas y tumultuarias! Deber de patriotas es oponer, en esos casos, dique al torrente devastador.

Físicamente, el inferhombre presenta anomalías evidentes. El superhombre, por el contrario, es regular. Se acerca en lo posible, acaso más que el hombre normal, á la perfección fisiológica; aún se le distingue á veces por su belleza, como á Goethe, Byron, Napoleón. Tiende á la longevidad, síntoma indiscutible del rico capital de su vida. En cambio, el

degenerado medio, ó simplemente *degenerado*, no llama la atención del profano, ni por sus monstruosidades fisiológicas, como el inferhombre, ni por su textura casi perfecta, como ocurre frecuentemente en el superhombre. Es, aparentemente, un término medio, semejante al neonormal. Sólo á la suspicacia de ciertos psiquiatras de grande experiencia no se escapan, aquí y allá, algún rasgo somático denunciador, que, por otra parte, alguna vez puede presentarse en individuos sanos y mediocres. Tales ciertas conformaciones del cráneo, un ligero prognatismo, la polidactilia, el paladar abovedado, la oreja en asa, asimetría, estrabismo, el daltonismo (no distinguir ciertos colores, etc., etc.) Pero ocurre casi siempre, como en el superhombre, su hermano inmediato, que el degenerado medio no ostenta ningún estigma físico característico. Su morbidez congénita se radica en el sistema nervioso y caracteriza su psiquis.

Aparte de sus anomalías físicas, que son el objeto de la teratología, y casi siempre son vagas y disimuladas, el degenerado medio presenta una serie de cualidades psíquicas que, á mi juicio, podrían resumirse en cinco rasgos típicos: *impulsividad, daltonismo moral, exhibicionismo, sugestionabilidad y desarrollo irregular*. Analicemos, una por una, estas cinco condiciones, que reputo de fácil percepción al pedagogo.

I. *Impulsividad*.—El rasgo fundamental, se ha dicho, de esa casta, por Mandsley llamada «zona intermedia» ó «pueblos fronterizos», es la impulsividad mórbida. En ese solo síntoma condensaría yo «los dos grandes hechos que, según Collin, dominan la existencia del degenerado: *obsesión é impulsión*». «Sus pasiones y sus instintos son tan violentos, dice Legrain, que los hacen juguetes de sí mismos.» Esa debilidad de la

voluntad consciente es precisamente otra faz de su impulsividad. Lombroso la llama «epilepsis psíquica», porque, en efecto, *a priori*, sin base fisiológica, se observa una extraña semejanza entre el ataque histeroepiléptico y esos vértigos de acción casi irresponsable y fatal. De este rasgo psíquico es acaso del único que puede decirse que es común á toda la familia neuropática, desde el monstruo idiota hasta el hombre de genio.

II. *Daltonismo moral*.—La psiquis del degenerado presenta, como rasgo invariable, la falta de sentido moral, el *daltonismo moral*. No distingue los matices de la moral. Hay demasiado *yo* en su cosmos. El superhombre, aunque parece casi insensible cuando media una pasión como la patria ó la ciencia, por ejemplo, á las cuales sacrificará cuanto le ocurre, sin los remordimientos del hombre normal, es, ante todo, altruista. Su ideal es, social ó internacionalmente, el bien público. No sólo distingue el bien del mal, sino que, en aras de altos objetivos, basa su vida, encarrila su voluntad, hacia el bien y contra el mal. Nadie distingue mejor que él los matices de la ética, aunque en ciertos momentos sacrifique impávido esa ética al *yo* de su cosmos, ó á la patria de su cosmos, ó á la ciencia, arte, ó especialidad cualquiera de *su* cosmos. No vacila en emplear todos los medios cuando se ha propuesto un fin; pero aunque esos medios sean, en ciertos momentos, pérfidos y hasta inmorales, su fin es moral y es generoso. Como si en su equilibrio de violencias sufriera por todos, dirige sus fuerzas á remediar el mal de todos. Esa actividad hacia el bien es la esencia misma de su vida.—Nada de esto ocurre en el simple degenerado. No sólo no tiende hacia el bien, por sus fuerzas mórbidas, sino que no lo distingue

congénitamente; únicamente la educación puede hacerle *adquirir* ideas que no le son innatas y nunca le serán netas.

Se ha dicho que los degenerados son pequeños, rencorosos, envidiosos, orgullosos, infatuados... Todo ese sedimento de bajezas podrían englobarse en una sola condición: su monstruoso, su mórbido egoísmo, su egoísmo de antropoide, de cinocéfalo, de bestia carnífera. Y precisamente, ese egoísmo es lo que constituye, por las tendencias altruistas que hacen las bases de nuestra ética filosófica y cristiana, lo que llamo *daltonismo moral*, falta de sentido moral, locura moral. Después de veinte siglos de herencia cristiana, sólo la degeneración puede borrar esas bases de nuestra psiquis. Bajo esta faz, la degeneración psíquica es tan *regresiva* y *atávica* como en ciertos rasgos, la degeneración somático-fisiológica. El egoísmo idiosincrásico del degenerado es lo que le hace considerar al mundo como una entidad secundaria creada para su goce exclusivo, y cuando tiende hacia el tipo superior, como un vasto escenario decorado expresamente para que se luzca en los primeros papeles de la tragedia humana...

El primer síntoma de esa falta de *sentido moral* se manifiesta en el niño por una inclinación á mentir, no por necesidad, sino por el anticristiano placer de engañar al prójimo. Por ello el buen sentido anglo-sajón castiga la mentira como el más grave de los delitos de la infancia. Cuando no le es congénito el sentimiento de la verdad, ó mejor dicho, la predisposición al sentimiento de la verdad, se trata de que, *aunque adquirido*, el niño lo posea. Lo que poseen intrínseca y extrínsecamente los degenerados, lo que sintetiza su psiquis, en suma, es aquella condición idiosincrásica

de la cobardía, que según Loyola, emparenta á la mujer con el demonio. «Son fuertes de grado y débiles por fuerza.» Aunque en lo físico sustituyan á veces esa cobardía por la impulsividad, más que valiente temeraria, y en lo psíquico, por ciertos estados de mórbida energía, como algunos misticismos extravagantes y absolutos, ello es acaso el más fundamental de sus desequilibrios psicopáticos. Está en el polo opuesto de la serena prudencia del neo-normal y del divino valor del superhombre, que se propone un fin y cumple ese fin contra todos los obstáculos.

III. *Exhibicionismo*.—De la impulsividad y el daltonismo moral deriva este síntoma mortal de degeneración: el *exhibicionismo*, considerado no como un accesorio de la vida, sino como un *fin* principal de la vida.

Siempre se manifiesta el exhibicionismo sicopático del degenerado en su manera de vestir y en actos más ó menos absurdos que tienen por solo objeto llamar la atención y dar que hablar. Suele extenderse en una forma mucho más peligrosa: la tendencia á divagar, á disertar, á argumentar y poetizar larga, superficialmente, sin fundamento, sin objeto, sin rumbos conscientes, casi por inspiración.

El *exhibicionismo de la palabra* se manifiesta en dos formas: oral y escrito. La grafomanía es casi inofensiva, porque el lector se da rápidamente cuenta de la inocuidad de extravagantes escritos de los degenerados, opúsculos, folletos, poesías. Pero cuando el principio mórbido se extiende en lo que llamaré *declamatomanía*, puede ejercer en un auditorio impresionable una nefasta influencia, por la fascinación del gesto de esos tipos pseudos-superiores y sus actitudes pasionales.